

Mutaciones y migraciones en las artes audiovisuales

La última década ha presenciado un verdadero giro en la consideración del estado general del cine en el seno de las artes audiovisuales y de la situación cultural contemporánea. Numerosos años anteriores a este período habían sido signados por un acentuado sentido de crisis que para muchos estudiosos y cineastas –junto con no pocos espectadores– era el claro presagio de una debilitación progresiva, previa a su inminente desaparición como forma artística. Desde los años sesenta, en pleno apogeo de la modernidad cinematográfica, la emblemática alusión a un *The End* parecía no remitir a la conclusión de una película sino al fin de una historia que vería su ocaso junto con el siglo. Por un movimiento no planificado, cuyas causas concurrentes son complejas y difíciles de desentrañar, desde el cambio de milenio se han multiplicado numerosos acontecimientos que permiten afirmar que el cine no sólo sigue existiendo sino que se enfrenta con ímpetu y nuevos recursos a estos tiempos.

La presunta desaparición no era otra cosa que una transformación de la que apenas estamos avizorando las consecuencias en términos conceptuales, pero que ya se asienta como plataforma de nuevas formas de vida cinematográficas. En la misma multiplicación de ese mundo de pantallas –según la visionaria expresión de Serge Daney– que parecía asfixiar al cine de dos o tres décadas atrás, se abren brechas imprevistas y surgen formas diversas de creación renovada. No sólo es cuestión de reproducción técnica, de iteración de films en nuevos soportes, medios y superficies. Lo que se advierte es más bien, tomando el término del mis-

mo ámbito que permite su consideración como forma vital, un asunto de *procreación*. La nueva criatura es sorprendente y polimorfa. Conservando su identidad, salta la valla de los soportes obsoletos, de los modos de producción, circulación y recepción reconvertidos (y crecientemente dispersos) para proyectarse como especie audiovisual que se reclama, por propio derecho, contemporánea.

Acaso sea éste un cine superviviente que requiere renovados cuidados, pero la manera como pudo superar la larga crisis muestra que su fortaleza estaba ligada a una condición flexible que no pocos confundieron con fragilidad. Más parecido al junco que al árbol robusto, el cine ha sabido resistir las turbulencias de cambios rotundos en la técnica, las instituciones y las prácticas. Hoy es una presencia reconocible que prospera en ámbitos anteriormente impensados. A la vez, como agente viral en el mundo del arte, en las propuestas de los nuevos medios (que ya no lo son tanto) y en la reconfiguración de las experiencias del espectador contemporáneo, el cine es una fuerza de singular productividad en la imaginación del presente.

Este número de *Arkadin* indaga sobre esas nuevas modalidades y su articulación con las tradicionales formas cinematográficas. Sin pretender instalarse en pronósticos apresurados –ya suficientemente compleja es la cartografía del presente– el cuerpo principal de la publicación gira, esta vez, alrededor de estas transformaciones y brinda algunos indicios sobre cursos posibles.

La Dirección